

**Jacinta**, por su parte comentaba: «No sé lo que siento, ya no puedo hablar ni jugar, y no tengo fuerzas para nada».

Y **Francisco**: «Yo, tampoco. Pero, ¿qué importa? El Ángel es más bonito que todo eso; pensemos en él».

Del mismo **Francisco** cuenta Lucía: «Cuando iba a la escuela, a veces, al llegar a Fátima, me decía Francisco: –Mira, tú vete a la escuela; yo me quedo aquí en la iglesia junto a Jesús escondido. No vale la pena que aprenda a leer, pues dentro de poco voy a ir al cielo. Cuando salgas, ven a llamarme–. Se metía entre la pila bautismal y el altar y allí lo encontraba, cuando volvía».

Cuando pocos días antes de morir, la **Hermana del Hospital** le preguntaba a la pequeña **Jacinta** quién le había enseñado aquellas ideas tan profundas y tan impropias de su edad, respondió la niña: «Ha sido la Virgen. Pero algunas veces pienso yo. Me gusta mucho pensar».

• Otras veces, estas comunicaciones con Dios alcanzaban los *grados más altos de la experiencia mística*. Así, por ejemplo:

**Jacinta** decía: «No sé cómo es; siento a Nuestro Señor dentro de mí y comprendo lo que me dice, y no lo veo ni lo oigo; pero es tan bueno estar con él...».

**Francisco**, después de recibir la *Comunión de manos del ángel*, exclamaba: «Yo sentía que Dios estaba en mí, pero no sabía cómo».

Estas sublimes experiencias no sólo tenían a Dios como objeto, sino que, en las cumbres más altas de la vida espiritual de los videntes, también estaba presente el Corazón de María.

De la dulzura de estas experiencias nos hablan con suficiente claridad estos desahogos de **Jacinta**: «Aquella Señora te dijo que su Corazón Inmaculado sería tu refugio y el camino que te conduciría hasta Dios. ¿No gustas tanto? Yo gusto tanto de su Corazón... Es tan bueno...». Y en otra ocasión: «Gusto tanto del Corazón Inmaculado de María... Es el Corazón de nuestra Madrecita del cielo. Tú no gustas tanto de repetir muchas veces: Dulce Corazón de María; Inmaculado Corazón de María. ¡Yo gusto tanto, tanto...!».

Nada más natural, después de estas dulces experiencias, que le naciera en el alma el deseo inefable de comunicar su dicha a todos los hombres:

«¡Si yo pudiera –exclamaba poco antes de morir– meter en el corazón de todos el fuego que siento aquí dentro y que me hace gustar tanto del Corazón de Jesús y del Corazón de María!».

Se comprende, oyendo estas palabras de **Jacinta**, por qué la espiritualidad cordimariana tiene que ser una espiritualidad de la que brote tan espontáneamente el fuego del apostolado. Quizá sea Fátima la fuerza apostólica más arrolladora en los presentes tiempos de la Iglesia.

## El desarrollo de la vida espiritual de los videntes de Fátima

Quien examine detenidamente la vida espiritual de los videntes de Fátima, no tardará en convencerse de que, en el breve tiempo que medió entre el comienzo de las apariciones y su muerte, llegaron a escalar las cumbres más altas y heroicas de la perfección cristiana. Dios los hizo santos *quemando las etapas*, mostrándonos con ello una vez más que es Señor y Dominador, y que para la omnipotencia de su gracia son muy pequeño obstáculo una psicología poco desarrollada o una instrucción rudimentaria.

En este proceso cabe distinguir dos aspectos íntimamente conexos, pero distintos: • lo *puramente carismático y profético*, que, con San Juan de la Cruz, llamaríamos fenómenos de contemplación distinta; • y lo que es *estrictamente personal* en las relaciones íntimas de sus almas con Dios.

### 1º Gracias de orden carismático en los tres videntes de Fátima.

Es sabido que el carisma, como *gracia gratis data*, no se ordena directamente a la santificación del vidente; con todo, puesto que el primer agraciado de dicho carisma, que se ordena al bien general de la Iglesia, es el propio sujeto del carisma, no es razonable dudar que esta gracia ejerza de ordinario un notable influjo santificador en el sujeto que la recibe.

*Los videntes de Fátima constituyen un ejemplo eximio de ello. De Fátima han emanado raudales de gracia para toda la Iglesia, pero fueron los videntes los primera y más altamente favorecidos; en tanto grado, que es imposible desconectar su vida espiritual de la gracia de su carisma, pues se despertó bajo su impulso y se desarrolló a su sombra.*

Decíamos arriba que las apariciones de Fátima, según la nomenclatura de San Juan de la Cruz, deben catalogarse entre las gracias de *contemplación distinta*, que tienen lugar, ordinariamente, en la imaginación; lo cual puede suceder de dos modos: • ya verificándose la comunicación divina directamente a la *imaginación*; • ya directamente a las *facultades superiores*, entendimiento y voluntad, para redundar luego en las inferiores, que captan revestidas de alguna figura sensible lo que en su origen era puramente espiritual.

Pues bien, en las revelaciones de Fátima hay comunicaciones de ambas clases. Así, las apariciones del ángel, de la Santísima Virgen, la visión del infierno, etc., eran infundidas por Dios directamente en la imaginación. En cambio, aquella luz misteriosa que, partiendo de las manos de la Virgen, les penetraba y esclarecía el alma, dándoles a conocer las más altas cosas de Dios, ha de entenderse más bien como un revestimiento sensible en la imaginación de verdades sublimes y abstractas que Dios comunicaba en aquellos instantes a su entendimiento.

*«Estas palabras del ángel –escribe Lucía–, se grabaron en nuestro espíritu como una luz que nos hacía comprender quién era Dios, cómo nos amaba y quería ser amado, el valor del sacrificio, etc.».*

Ante estas comunicaciones carismáticas, no deja de percibirse en los tres pastorcitos la señal divina de la discreción y del silencio, según la norma que San Juan de la Cruz señala para esta clase de comunicaciones sobrenaturales, y que prueban que estaban movidos del buen espíritu.

*Sabemos cómo los tres videntes resolvieron guardar el más estricto silencio. Sólo la pequeña Jacinta, movida por una fuerza a la que no le era dado resistir, rompió el silencio por disposición divina. Recuérdese, además, el heroísmo inquebrantable, superior a todos los halagos y amenazas, con que guardaron el famoso «secreto». Y no es menos de admirar la prudencia sobrenatural con que respondió Jacinta a las preguntas de su hermano, que deseaba comentar y esclarecer la aparición y las palabras del ángel: «Mira, Francisco –concluyó ella–, en estas cosas habla poco».*

## 2º Relaciones íntimas y personales de los tres videntes de Fátima con Dios.

Más allá del aspecto carismático de tales gracias, nos interesa más el estudio de las relaciones íntimas y personales de los videntes con Dios.

1º En ellas hay **elementos ascéticos**, que se reducen a algunos rasgos muy sencillos, pero sumamente eficaces y santificadores: absoluta fidelidad a las mociones de la gracia, tenacidad insobornable en cumplir los designios de Dios sobre ellos, entrega constante a la vida de oración y, sobre todo, penitencia heroica para desagrar al Señor y al Inmaculado Corazón de María, y por la conversión de los pecadores.

Saquemos esta lección de la vida ascética de los pastorcitos: que si es verdad que el camino de la santidad es heroico, no es complicado. Puestos a simplificar el esquema de la vida espiritual hasta su máxima sencillez, nos tenemos que quedar, al menos, con estos dos aspectos necesarios: una *purificación* y un *contacto íntimo* con Dios.

La santidad es una transformación en Dios, un abrazo estrechísimo con El. Pero con Dios no puede unirse nada manchado. Esto quiere decir que nuestros niños de Fátima, para elevarse a la santidad excelsa a que Dios les llamaba, necesitaron de una purificación rigurosa, la cual, aunque no debía ser muy intensa

si se atiende a la inocencia de sus vidas, sí lo fue si se atiende al grado de santidad a que Dios pretendía elevar sus almas.

*Quien repara en los dolores, tanto físicos como morales por los que quiso Dios que pasaran estos angelicales niños, principalmente en la enfermedad que precedió a su santa muerte, no puede menos de parecerle todo un enigma, si no tiene en cuenta estos designios amorosos de Dios sobre sus almas.*

Recuérdese todo lo que suponía para **la pobre Jacinta** el tener que morir sola en el hospital y los tormentos físicos de su última enfermedad. Tendremos que reconocer en todo ello la mano del Señor que la preparaba para el abrazo transformante en la gloria.

*«Un día –escribe Lucía– la encontré apretando contra el pecho una estampa de la Virgen y diciendo: ¡Oh Madrecita del cielo! ¿Es posible que tenga que morir sola? –¿Y qué te importa, si la Virgen viene a buscarte?*

*–Es cierto, no me importa nada. Pero no sé cómo es. A veces no me acuerdo de que la Virgen vendrá a buscarme. Sólo pienso en que moriré sin que tú estés junto a mí.*

*–No pienses en estas cosas.*

*–Déjame que piense en eso, porque cuanto más pienso en ello más sufro, y yo quiero sufrir por amor de nuestro Señor. Pero no me importa. Nuestra Señora vendrá a buscarme para llevarme al cielo».*

De **Francisco** podríamos transcribir rasgos parecidos durante su enfermedad, pero sobre todo en aquella inexplicable negativa, que le retrasó el tiempo de la primera Comunión, que reviste los caracteres de una purificación pasiva auténtica.

Pero la Virgen, en trances como estos, no podía dejar de cumplir con su cometido de Madre; su Corazón era la mística luna de estas noches. Por eso escribe Lucía:

*«El Corazón Inmaculado es mi refugio, principalmente en las horas difíciles, y ahí estoy siempre segura. Es el Corazón de la mejor de las Madres, velando siempre atento por la menor de sus hijas. Esta certeza, ¡cómo me alienta y me conforta! En Ella encuentro fuerza y consuelo».*

2º Mas en la vida espiritual la purificación no puede tener razón de fin en sí misma, sino de medio para conquistar la **unión con Dios**. A esta unión se va llegando por diversas etapas, de las que se pueden constatar dos más destacadas en los videntes de Fátima: • la unión extática o semiextática; • y los contactos más puros y directos de la contemplación infusa.

• Por lo que se refiere a la *contemplación extática o semiextática*, consignemos, sin comentario, algunos testimonios.

*Después de la tercera aparición del ángel, escribe Lucía: «La fuerza de la presencia de Dios era tan intensa, que nos absorbía y aniquilaba casi por completo. Parecía privarnos hasta del uso de los sentidos naturales por un gran espacio de tiempo. La paz y felicidad que sentíamos era grande, pero sólo íntima, completamente concentrada el alma en Dios».*